

EL ECO

DE LAS SEÑORAS DE SANTIAGO.

PERIODICO SEMANAL.

AÑO. I.

SANTIAGO, AGOSTO 3 DE 1865.

NUM. 4.

El Eco de las señoras de Santiago.

SANTIAGO, 3 DE AGOSTO DE 1865.

La revolucion.

II.

En nuestro articulo anterior hicimos notar ese grande malestar social que amedrentados trae a los espíritus reflexivos. Cúmplenos ahora inquirir la causa de tamaño mal.

Es lei de la naturaleza que grandes efectos deben nacer de causas tambien grandes, pues de otro modo no existiria proporcion entre el uno i la otra. Ahora bien, si es indudable que en todas partes se advierte una disolucion general, i se deja percibir el sordo mugido de las olas precursoras de la tormenta, causa mui grave deberá existir en el corazon de las sociedades modernas. Es acaso que se ha perdido el equilibrio entre el poder politico i la sociedad i que ese desconcierto trae en rudo i perpetuo choque a los gobernantes con los gobernados? O es que la exhuberancia de pobladores en el mundo agota todos los elementos que la naturaleza ofrece al humano sustento, i produce los arrebatos de la ira en las fámelicas hijas de Adan?

Nada de esto es la causa del mal que se deplora.

Hai algo de mas vital para el mundo que sufre un terrible desconcierto. No es que las sociedades civilizadas hayan sido heridas en el cútis: el dardo está clavado en el corazon.

Si: de cuatro siglos acá que en las sociedades cristianas se viene socavando la base de toda moralidad. Ya no es

una almena la que ha sido batida i amazna derruirse, es todo el edificio. I esto ¿por qué? Por que ahora el hombre niega a Dios, i la sociedad tolera; el hombre se burla de Dios, i la sociedad aplaude; el hombre blasfema de Dios, i la sociedad le ayuda a blasfemarlo. ¿Qué otra cosa significan esas ideas absolutamente materialistas que no admiten la existencia de ningun ser espiritual, ni aun la del mismo Dios, i que oimos que se propagan en muchas partes del mundo civilizado? ¿Qué significado práctico puede tener esa divinizacion de la razon, hija del protestantismo, i acariciada hoy por algunos que presumen de ilustrados? La negacion de lo sobrenatural, tan en boga en cierta clase de semi-sabios, ¿qué otro resultado puede traer que el estrangular la moralidad? ¿Se concibe que pueda existir moralidad en el mundo, si se infiltra en todos los espíritus la idea de que no hai Dios, que no hai vida sobrenatural, i que toda nuestra felicidad se concreta a la vida presente? Si las aspiraciones humanas tienen que estrellarse en la reducida esfera de los días que pasamos en esta tierra, i mas allá del sepulcro nada hai que halague nuestra esperanza, claro es que cada cual se afanará por aumentar la suma de sus placeres, aun cuando sea a costa de la felicidad de sus semejantes. En tal hipótesis ¿qué le importa al hombre el que otro jima i se desespere, si él cumple con el fin de su naturaleza, que es gozar i mas gozar? Con estas doctrinas no solo se priva al mundo de todas aquellas acciones hercicas a que nos induce el cristianismo, sino que se abre ancha puerta a todos los vicios. ¿Qué

freno habrá para el hombre si eliminais del universo al Dios que formó los cielos? Si condenais al hombre a que no espere felicidad en una vida futura, ¿no obligas al desvalido a que ponga fin a sus tristes días, i armais el brazo de mil i mil infortunados para asesinar a los ricos i buscar con el oro el goce de un poco de dicha siquiera, antes que la muerte los prive para siempre de ese bien?

Estas ideas anti-religiosas son las que han infundido un indiferentismo glacial en muchas almas i el pavor en muchos corazones. Somos madres, i temblamos por el porvenir que espera a nuestros hijos. I no nos digais que esas ideas inmorales no hallan acojida en la sociedad porque siendo destructoras de todo orden, se suicidaria el pais que las adoptase, i que están relegadas al cerebro de los utopistas sin que logren encarnarse en los pueblos.

Ilusion! tremenda ilusion!

Para nosotras pasaron ya los dias de la encantadora juventud, i no miramos hoy las cosas al traves de prismas engañosos. Sin tomar en cuenta lo que los periódicos i los libros nos revelan acerca de la situación de muchas sociedades cristianas, que van precipitándose por la pendiente de una espantosa degradación moral, queremos responderos únicamente con lo que nosotras hemos visto i estamos presenciando en nuestra querida patria.

Todo el que haya conocido nuestra sociedad desde cuarenta años atras podrá ver facilmente que la irreligiosidad ha cundido en proporciones colosales. Si es cierto que hemos avanzado en cultura i en la adquisición de bienes

resplandor de felicidad iluminó sus facciones; tomó la mano de Francisca i la llevó a sus labios. En el mismo instante una mujer grande, amarillenta i flaca, que nadie había apercibido, pues estaba acurrucada en un rincón del patio, se presentó de repente delante del conde, el que palideció a su aspecto i dejó caer la mano que tenía entre las suyas. El traje de esta mujer no era el del Quercy, sus vestidos eran raros i lugubres como su persona; fijó sobre Galliot una mirada resuelta, en la cual se juntaba a la vez un dolor profundo i el orgullo de la venganza satisfecha.

«Monseñor, dijo, os devuelvo lo que os pertenece.»

I la vieja matrona depositó a los pies del nuevo esposo un cajastillo de juncos primorosamente trabajado, en el cual jemía un niño de una belleza sorprendente. Parecía tener diez i ocho a veinte meses, una ligera muselina cubría apenás sus pequeños miembros redondos i gordetos, los rizos de sus rubios cabellos fluctuaban al rededor de su cara blanca i rosada, sus ojos eran color cielo, un pequeño relicario sostenido por una cadena de oro descansaba so-

FOLLETIN.

LAS CASTELLANAS DE ROSELLON.

O EL

QUERCY EN EL SIGLO XVI.

POR

Mme. Eugenia de la Rochère.

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCES

PARA

El Eco de las señoras de Santiago.

INTRODUCCION.

EL CASTILLO DE ROSELLON.

(Continuacion).

Luego que se sentó i que las damas i señoritas que la acompañaban tomaron lugar a su lado, un niño i una niña cantaron alternativamente las coplas de un epitalamio en lengua turca, cuyo estribillo repetían en coro todos sus compañeros. Cuando acabaron todos depositaron a los pies de los nuevos esposos los presentes que habían traído i de nuevo la multitud comenzó a gritar «Viva nuestro buen señor! ¡Larga vida i prosperidad a nuestra condesa!»

materiales, es tambien indudable que en moral hemos perdido inmensamente. El respeto a Dios i a su iglesia ¿es hoy tan vivo i tan sincero como lo era en aquella época? Los hombres que por su ilustración o su jerarquía social forman la primera clase de nuestra sociedad ¿acatan todos las decisiones de la Iglesia? ¿cumplen sus preceptos con exactitud indeclinable? El respeto que los hijos deben a sus padres ¿no se ha enervado hasta el exceso.

¡Ah! no quisiéramos poner los dedos en las frescas heridas de nuestros corazones de madre. Arrojemos un denso velo sobre el rostro de Chile, porque nosotras nos ruborizariamos con su rubor; i esto, que Chile, i especialmente Santiago, se nos presentan por algunos como providenciales oasis de la América, en que el catolicismo ostenta todavía su gloria i sus pendones. Mas, ya que nuestros corazones niegan a la pluma ingratos coloridos, reservaremos para otra ocasión el anudar el hilo de nuestras penosas impresiones para no dar a este artículo mas extensión de la que conviene.

Nuestros censores.

No hablamos aquí de los detractores sistemáticos de todo lo bello que deba sus inspiraciones al catolicismo; para éstos tenemos oraciones, no palabras de periódico.

Nos dirijimos a las personas bien intencionadas que han censurado nuestra determinación. Pero, ¿por qué? porque la misión de la mujer, nos dicen, tiene trazados su horizonte i no debe salvarlo; su misión es doméstica i nada más.

Perdonadnos, señores i señoras que así pensais: *os equivocais*.

Bien sabéis que hai quienes piensan que la mujer debe tener derechos políticos, i los diarios nos han dicho que no falta un abogado-diputado que piensa pedir para nosotras el uso de esos derechos. Ya veis que en esa opinión nuestra misión no se circunscribe al hogar doméstico. Pero, no consideramos la cuestión por el lado de esos derechos que no apetecemos, sino por el lado puramente cristiano i racional.

Desconocen la historia de la mujer cristiana, i la importancia que a esta compañera del hombre dió el cristianismo los que quieren relegarla a la oscuridad del hogar.

Desde los días de nuestro Salvador, la mujer cristiana ha estado desempeñando un papel muy honroso en todas las empresas. Ya en tiempo de los apó-

stoles, hubo mujeres que prepararon el camino a su predicación, i la Iglesia encargó a muchas el *ministerio público* de administrar el bautismo a las personas de su sexo. Heroínas hubo que en las sangrientas persecuciones se presentaron intrépidas ante los tiranos abogando por la divinidad de la religión, i no han faltado quienes atravesaron los mares i fueron a erigir magníficos templos en los lugares consagrados con la presencia de Jesucristo. ¿No ha sido siempre un hermosísimo espectáculo el que las mujeres hayan salido de sus casas para ir a derramar celestiales consuelos en los corazones lacerados por el infarto? ¿No se convierten en ángeles cuando van a enseñar a pobres huérfanos la doctrina de nuestro Salvador, cuando se dirigen a los hospitales i demás casas de beneficencia a curar las heridas de los unos, a vestir a otros, i a consolar a todos los que sufren? ¿Es o no digno de todo elogio el empeño de muchas señoritas de nuestra capital que, sacrificando su tranquilidad i su dinero, recorren la población buscando personas que se hallen ligadas con vínculos ilegítimos para proporcionarles los medios de consagrarse esos vínculos con el santo matrimonio? ¿Qué posición hai más desventajosa para la mujer, mas contraria a su condición que la de entregarse a cuidar los enfermos, no solo en los hospitales, sino en las casas particulares? Sin embargo, ved a las hijas del gran Vicente de Paul llevar, con aplauso i admiración del mundo, sus caritativos cuidados a todos los lugares en que hai un lecho en que sufre un hijo de Adán?

En todas las épocas las mujeres han cooperado a las grandes empresas cristianas; i si nuestra época requiere la acción del periodismo para difundir las verdaderas ideas i barajar los golpes de los que intentan inmolarnos nuestras creencias, i no reclaman nuestro trabajo la religión i la patria juntamente? i sería decoroso para las hijas de Chile que, pudiendo consagrarse su tiempo i sus lucres al triunfo de la verdad, sacrificasen a su comodidad i a su timidez los grandes intereses de la sociedad en que han nacido?

¡Ah! ¡no! Nuestro entendimiento i nuestro corazón rechazan con indignación semejante modo de pensar.

¿Qué condición más opuesta al carácter de la mujer i su condición social que la condición militar? i sin embargo, en España, cara cuna de nuestros abuelos, no solo hubo reinas que mandaron en jefe en los combates, sino otras muchas señoritas que empuñaron la espada i com-

zo señas a Marcial para que se apoderase de la mujer.

—No se atreva nadie a poner la mano en ella, exclamó Galliot con más firmeza que la que mostraba de ordinario. En seguida, inclinándose hacia la soberbia criatura, a quien las amenazas de Vaillac no habían de ninguna manera intimidado:

—Jertrudis le dijo al oído, en nombre de la que ambos lloramos, no prolonguéis esta escena; mañana os volveré a ver (4).»

Jertrudis arrojó sobre él una lenta mirada de reproche i tomando el canastillo en sus brazos desapareció entre la multitud.

El señor de Vaillac se acercó entonces a la novia i le ofreció la mano para conducirla a la gran sala en que estaba preparada la comida de boda. A su ejemplo los invitados tomaron lugar alrededor de la larga mesa en la que había gran número de manjares de toda especie; el capellán recitó en alta voz el *benedicite* i empezó el banquete. Entonces una impresión de tristeza se había apoderado de él.

—Os habeis conducido como un niño; procurad manifestaros como hombre de aquí adelante.»

(1) Galiot viudo era de una hija de Jertrudis.

batieron cuerpo a cuerpo con sus enemigos. Aun en nuestro suelo no han faltado mujeres que han sabido tomar las armas en defensa de sus derechos patrios, i la historia venera sus nombres. ¡qué! ¿Tan degradadas reputa a las señoritas chilenas, que no sean capaces siquiera de tomar una pluma para defender su religión i sus lares? Si otras con menos motivo han hecho cosas mayores sin degradar a su sexo, i antes bien realzándolo ¿por qué ha de ser mengua nuestra el escribir un periódico con tan laudables motivos?

No digais que el oficio de periodistas es incompatible con las funciones domésticas de la mujer. Además de que la historia moderna está demostrando que ha habido mujeres que han dedicado su pluma a escribir grandes libros sobre asuntos menos dignos de los que a nosotras nos ocupan, i sin motivos tan justos, no temais que las que esto escriben faltén a ninguno de sus deberes, ni salgan de su posición. Esposas i madres, viudas e hijas de familia, todas tenemos tiempo i dinero que consagrarse a la felicidad de Chile.

Los anticatólicos o malos católicos.

Siempre hemos creído que no puede gloriarse de pertenecer a la religión católica aquel que no se conforma con lo que enseña el Vicario de Nuestro Señor Jesucristo. A diferencia del racionalista que no escucha mas que su razón, a diferencia del protestante que no admite mas que la inspiración privada, el católico tiene por regla de fe la autoridad que Dios estableció en su Iglesia para conservar i comunicar a todas las generaciones las verdades de la religión revelada. Desde que no es mas que una la autoridad que enseña i estamos todos igualmente obligados a obedecerle, natural es que entre los católicos no pueda haber divergencia en cosas que conciernen a la religión i sobre las cuales ha hablado ya el oráculo infalible de la Iglesia. Por esto no hemos podido menos de sorprendernos grandemente que muchos de los oradores que han tomado parte en la discusión sobre la reforma del artículo 5º, haciendo expresa protesta de profesor el catolicismo, no obstante emitían opiniones que estaban en contradicción no solo con las de los otros sino con los juicios i decretos del Sumo Pontífice. Hubo quien llegó hasta decir que en la Iglesia católica había dos sectas: una que estaba con el *Syllabus*, esto es, con el Papa, i otra con el progreso i la civilización.

derado de los dos esposos; Francisca estaba silenciosa i pensativa i Galliot no se atrevía a fijar sus ojos en ella, tanto temía encontrar su mirada escrutadora i severa. El estado de tortura en que se encontraban el conde i la condesa no se escapó a la curiosidad de los invitados, quienes se cambiaron en voz baja mil conjeturas mas o menos verosímiles sobre el canastillo misterioso, que apena habían vislumbrado. El mismo señor de Vaillac no parecía estar a su gusto: seguía con ojos inquietos el semblante turbado de Galliot, i dejaba percibir su mal humor en medio de los esfuerzos que hacia para parecer alegre.

Luego que el banquete se terminó, propuso a Mme. de Rosellon ir a ver comer a los aldeanos, para quienes habían preparado mesas en el patio. Todos los invitados se levantaron al mismo tiempo, i el anciano señor pasando cerca de su sobrino, pudo decirle al oído:

—Os habeis conducido como un niño; procurad manifestaros como hombre de aquí adelante.»

Jamás habíamos oido semejante cosa i en verdad asombra tal aserción. Lo que siempre ha distinguido nuestra religión de las heréticas i falsas ha sido cabalmente la unión de principios i creencias entre los fieles. El catolicismo no admite sectas ni las admite jamás i basta que alguien quiera introducir la división para que de hecho deje de ser católico. El que quiera honrarse con ese bello nombre tiene, sin remedio, que someter su propio juicio a las decisiones del Pontífice. ¡El podrá alguien que se jacte de ser católico hacer una manifestación pública de desprecio de las venerandas letras de N.S.P. Pio IX, como lo hizo ese señor diputado? Esto parece incompatible con los principios que profesamos, como lo es el suponer que una parte de los católicos pueda permanecer en abierta contradicción con el Pontífice nuestra primera cabeza en la tierra. Esto si podría llamarse secta, la que sería tan herética como las otras, desde que no respetaba ni obedecía al Papa. Son pues absurdas hasta lo mas esas proposiciones.

Muchas otras doctrinas condenadas se han vertido también en esos discursos por esas mismas personas que a la vez hacían alarde de catolicismo. Extraña contradicción por cierto. Desprecian do la autoridad de la Iglesia que acaba de manifestarnos su juicio infalible acerca de estas materias, se ha sostenido que el hombre tiene derecho de adorar a Dios de la manera que su propia conciencia se lo dicte, que no puede ponerse límites a este pretendido derecho, que la tolerancia de todos los cultos no trae consigo el indiferentismo, ni es contrario a los intereses de la religión verdadera, que la Iglesia está sometida de derecho al patronato de los soberanos. Las protestas de catolicismo que hacen los que estas doctrinas i otras por el estilo sustentan, son a propósito no mas que para alucinar a los que, como es común en el día, no tienen casi ninguna instrucción religiosa, para seducir a los que tienen poca firmeza en su fe i revelar contra la autoridad de la Iglesia a tantos que no saben comprender la obligación de respetarla. Cuando las personas que de esa manera hablan gozan de algún prestigio, sus partidarios, que no ven sino por sus ojos i les oyen mas que al mismo Papa, creen ciegamente lo que dicen i se consideran ya autorizados para opinar de ese modo. Con sus protestas de catolicismo hacen por lo mismo mas mal que si se les tuviera por herejes o impíos.

No sabemos que en verdad puedan llamarse católicos los que sustentan

Llenaba de regocijo ver a aquel pueblo vestido con sus mejores adornos, alumbrado con mil antorchas, comiendo con grande apetito las viandas sus tanciosas que reemplazaban para el en ese día el *milas* (1) i el *fars* (2) su alimento habitual. Sus estrepitosas aclamaciones estallaban a cada paso de los nuevos esposos. Galliot, rodeado de sus pajes i de sus criados, parecía complacerte en ello mientras que la condesa apoyada en el brazo del tío de su marido, hablaba con él en voz baja de una manera muy animada.

Entretanto el sonido vocinglero de las gaitas resonó en el aire; las danzas populares i las farándulas se sucedieron al banquete. El señor de Vaillac i la joven, aprovechándose del tumulto de la fiesta que les permitió salir del patio sin ser notados, fueron a sentarse aparte bajo de una calle de madres selvas que había entonces al fin del jardín entre la granja i el castillo.

(1) El *milas* es una especie de papilla hecha con trigo negro i maíz.

(2) El *fars* se compone de harina de trigo canela, de huevos, pan blanco, pedazos de tocino i ordo, de ajo i de perejil.

bre su pecho desnudo. Estendió sus brazos a Francisca, que se inclinaba hacia él, sorprendida i turbada, mientras que Galliot no podía contener su emoción.

—¿Qué significa esta escena; quién es este niño? preguntó la condesa con un tono impetuoso.

—Todo lo sabréis, señora,» respondió Galliot a media voz.

—Se volvió al lado de la vieja i dándole una mirada suplicante:

—Volved a tomar este niño, le dije con dulzura; vuestros cuidados le son aun necesarios.

—¿Todas vuestras promesas? prosiguió ella con una risa amarga.

—Las cumpliré cuando sea tiempo, añadió el mozo en voz baja, os lo juro de nuevo.

—Fuera de aquí, vieja hechicera, gritó con voz estentórica el visconde de Vaillac, tío materno i tutor de Galliot, a cuyos buenos oficios el joven conde debía su enlace con la rica heredera: que la echen a los subterráneos, si no quiere salir de buena gana.

I añadiendo el jesto a la palabra, hi-

doctrinas que ha condenado la Iglesia. Toca a los doctores que ésta tiene, i no a nosotras, pronunciar un verdadero juicio acerca de esto. Mas, a juzgar por los sentimientos que la fe echa en nuestros corazones, si tales personas son realmente hijos de la Iglesia, es indudable que son malos hijos, i a manera de que por su indocilidad i estravios tienen traspasado el corazonde sus padres, ellos dan mucho que sentir a su madre la Iglesia, que constantemente vela por su felicidad terrena i celestial. No guardan los respetos que se deben a tan solicita i buena madre, los que como ellos manifiestan tan grande resistencia para obedecer sus mandatos. No la aman los que no oyen su voz con sumision i buena voluntad. No la aman los que no hacen otra cosa cuando ella les habla que criticarla i censurarla, introduciendo la division en su seno, previniendo los ánimos en su contra. No la aman los que tratan de cohartar sus derechos i libertades, temiendo mas la mansedumbre de su poder que la arrogancia de los gobiernos del siglo. No la aman los que en vez de la veneracion i afecto que debian tener hacia sus prelados i ministros, están animados para con ellos de mala voluntad i grandes prevenciones. Concibese que combatan a la Iglesia los infieles i herejes, sus enemigos naturales; pero si no se viera, era de no creer que tanta o mas guerra que aquéllos les hagan quienes se precian de ser hijos suyos. Que lo sean, en hora buena; pero son de aquellos hijos desnaturalizados que matan a quienes les dieron el ser, de aquellos ciudadanos que asolan su patria o la venden al extranjero.

Necrologia

Cuán inagotable es la fecundidad de nuestra Santa Madre la Iglesia! En nuestros días como en los primeros siglos del cristianismo, nos hace admirar almas privilegiadas, que, a la sombra del santuario, en el humilde retiro de la vida religiosa, obran verdaderos prodigios de celo i abnegacion, realizando bajo la inspiracion de Dios, acciones heroicas, que causan asombro aun a los espíritus mas indiferentes.

Uno de esos mas perfectos modelos de virtud i santidad es la venerable M. Barat, fundadora i superiora jeneral de las religiosas del Sagrado Corazon de Jesús. Arrebatada por una súbita enfermedad, a los 86 años de edad, ha ido sin duda a recibir de la Divina Misericordia el premio, a que la hacian acreedora sus relevantes méritos i sus laboriosos esfuerzos para realizar la fundacion de un Instituto, que cuenta hoy 87 conventos con 3,500 religiosas, que prestan a la educacion de la juventud inmensos servicios i que figuran entre las mas benéficas instituciones con que se honran la religion i la sociedad.

Magdalena Luisa Sofia Barat nacio en Joigny el 12 de setiembre de 1779. Pertenece a una de esas familias distinguidas, que reciben como su mas rica herencia la práctica de las virtudes evangélicas. Su hermano mayor, sacerdote distinguido, tenia por ella una especial ternura, i se ocupaba con esmero de su educacion. A la tranquilidad de la educacion doméstica sucedió bien pronto la agitacion de la tormenta revolucionaria; el joven levita habria perecido indudablemente sin la caida de Robespierre.

Libre ya de la persecucion, M. Barat se establecio en Paris, i llamó a Magdalena a su lado. La uniformidad de sus caracteres, sus trabajos, sus estudios, todo concurre a estrechar mas i mas sus cariñosas relaciones.

Sorprendido de la rara i precoz inteligencia de su hermana, i deseando aprovechar las admirables dotes de su espíritu, el abate Luis Barat completó su instruc-

cion con la enseñanza del latin, griego matemáticas, que ella estudiaba con tanto ardor como buen éxito.

Bajo esta austera direcccion se desarrollaron en ella al mismo tiempo una piedad profunda i un gran amor a la soledad, acompañado todo de una admirable modestia i de una sincera humildad. Sus aspiraciones eran por la vida religiosa.

A la edad de 19 años conoció al R. P. Varin, quien, comprendiendo las necesidades de su época, procuraba formar una congregacion destinada esclusivamente a la educacion de la juventud. Madame Barat fué su mas poderoso auxiliar en esas circunstancias; i el 21 de noviembre de 1800, apesar de no hallarse aun restablecida en Francia la religion católica, se fundó la sociedad del Sagrado Corazon de Jesus.

En 1802 se inauguró en Amiens el primer convento de la Congregacion, i Madame Barat fué nombrada su superiora. Cuatro años despues tenian una segunda casa en Grenoble, i las religiosas, ya bastante numerosas, pudieron formar un consejo jeneral. El título i poderes de superiora jeneral fueron confiados entonces a Madame Barat.

Este alto cargo lo ha conservado hasta su muerte; esto es, durante 65 años. ¡Qué pruebas dió de enerja, de sorprendente actividad, de solidez de juicio i de elevada capacidad! El establecimiento i desarollo de la obra lo demuestran suficientemente.

Por sus instancias el Papa Leon XII aprobó dicho Instituto en 1826. Mas de 100 conventos han sido fundados hasta hoy, i este número se habria aumentado considerablemente si las revoluciones de Suiza e Italia no hubiesen ocasionado la violenta supresion de muchos de esos santuarios de la piedad i de la ciencia. Existen aun 44 en Francia i 43 en el extranjero.

Lo que daba mayor realce al espíritu perspicaz i elevada capacidad de Mme. Barat, i le captaban la veneracion, la ternura i la confianza de sus hijas i educandas, era sobre todo su estremada bondad, la dulzura i firmeza de su virtud.

Era el alma de la Congregacion, i hasta cuatro días antes de su muerte conservó la plenitud de sus facultades con toda su fuerza.

El lunes 22 de mayo, fué atacada de una conjetion repentina, que la privó del uso de la palabra, dejándole sin embargo todo su conocimiento. Se le administraron los sacramentos, que ella recibió con el mayor recogimiento i fervor. El 24 le envió Pio IX su bendicion apostólica, i el 25 espiró dulcemente, rodeada de sus hijas i colmada de las consolaciones de la fe.

La paz del cielo parecia haber descendido sobre este lecho de dolor i sobre su rostro brillaban la calma i serenidad de los mortales.

Esos días permanecieron sus restos mortales espuestos a la veneracion de los fieles; i durante ese tiempo no solo las religiosas se disputaban el honor de tributar los últimos obsequios a su madre i fundadora, sino que tambien las educandas, sin distincion de edad, solicitaban con instancias la gracia de contemplarla por ultima vez. Cuantos la habian conocido, clamaban por volverla a ver. Todos, hasta los mismos eclesiásticos, querian que sus medallas i rosarios tocasen los restos venerandos.

Este dolor i vivas manifestaciones se repitieron con doble fuerza el dia de las exequias solemnes, celebradas en la capilla de la casa por el señor abate Surat, vicario jeneral i superior de las tres comunidades de la diócesis. En el momento en que el féretro salió por la puerta del claustro, las lágrimas de las religiosas i los sollozos de las niñas arrodilladas en el patio, dieron el mas elocuente i supremo adios a la que no debian volver a ver

sobre la tierra. En Conflans fueron depositados los restos mortales de aquella, que habia consagrado su vida entera a la gloria de Dios i a la salvacion de las almas.

No habrá dejado de servir de algun consuelo para las educandas la carta que su majestad, la emperatriz les ha dirigido en términos muy afectuosos, los cuales manifiestan los sentimientos de estima i de veneracion que, en medio de su esplendor, habia conservado por la digna superiora (1).

Al entrar en la mansión eterna la fundadora del Sagrado Corazón habrá sido recibida por cerca de 1800 de sus hijas, que a allí la habian precedido; que magnifica corona! Si a esto se agregan todas las almas, a quienes Mme. Barat sirvió en la tierra del consuelo i guia, se comprenderá con cuanta justicia se le pueden aplicar las admirables palabras de la Iglesia: *Beati mortui qui in Domino moriuntur; opera enim illorum sequuntur illos.*

(1) La emperatriz Eugenia estuvo dos años de a una en el Colegio del Sagrado Corazón en Paris.

LA FE.

[Traducción de Orsini por la señora ***]

FÉ HUMANA I FÉ DIVINA.

En tiempos de Ciceron, es decir, en la mas bella edad de Roma, Scauro hizo edificar sobre el Capitolio, un templo a la Fé, a la que Numa antes que él, había hecho admitir en el número de las divinidades. Es que la Fé, según Senecha, es la huéspeda (mas santa) que pueda habitar el corazon humano.

Se encierra toda una doctrina en la elección del sitio en que Scauro había levantado su altar i no sin designio había colocado, bajo las blancas alas de la Fé, al mundo conocido, personificado en su inmensa capital. Sin la Fé no habrá imperio ni sociedad posible, i caido el hombre al estado salvaje, solo es propio para vivir en los desiertos, en un aislamiento feroz, porque ni aun la familia subsiste sino por la Fé.

Ensayar constituir un pueblo prescindiendo de esta virtud, que es al cuerpo social lo que el corazon al cuerpo humano, seria un trabajo tan insensato como el del niño que quisiera construir unabóveda con la arena seca i mojada que circunda los mares. La Fé es el ingrediente mas indispensable para la amalgama de las sociedades, i esto es tan cierto que, una asociacion fundada en el crimen i tendiendo al trastorno del orden, no podria subsistir sin ella, so pena de una disolucion trágica.

Sin la Fé, el cuerpo social se disuelve i muere. Es preciso que un pueblo tenga fé en la santidad de los lazos del matrimonio para experimentar el amor de la familia; que crea en las buenas intenciones de los príncipes, para vencer su inclinación a la anarquía i la repugnancia que le inspira la dominacion de uno solo colocado sobre todos; es necesario que tenga Fé en la equidad de sus magistrados para respetar la leyes sus decisiones; que crea en el valor, en la dirección i la imparcialidad de sus caudillos para batirse con arrojo en la pelea, que tenga fé en fin, en la habilidad, el honor i la justicia de sus gobernantes para mantener en su alma ese fuego sagrado que se llama amor de la patria.

La carencia de fé es mortal al jenio, al entusiasmo, al heroismo i a todo lo que se enaltece en el corazon del hombre. Un pueblo que no tiene fé en la justicia de su causa puede considerarse medio vencido, mientras que el sentimiento contrario lo hace invencible. Si ese pueblo es creyente i que fundado en su derecho, espera el apoyo del cielo, vosotros le vereis hacer milagros de abnegacion patriótica, de grandeza

de alma i de intrepidez. Un puñado de españoles refugiados en las Asturias acabó por barrer la España de los innumerables batallones mauritanos; la espada del Señor i de Gedeon puso en derrota un ejército entero de filisteos.

Los romanos conservaban con veneracion un antiguo serbal cuyo origen hacian remontar a un venabio de Rómulo. Si algun transeunte creia apercibirse que su follaje estaba deslumbrado, lo advertia en alta voz a la ciudad entera, i al mismo tiempo el pueblo i los patricios, heridos de un terror igual acudian con vasos llenos de agua fresca i pura para regarlo. Cuando el árbol de la Fé comienza a marchitarse en medio de una nación, cada cual deberia acudir para llevarle el remedio; porque su conservación es de mucha mayor importancia para la felicidad de todos que el serbal sagrado de los romanos; si cae arrastrá al estado en su caída.

El hombre nace egoista i embustero; no obstante es preciso fiarse en su palabra i promesas, sin lo cual se acabaría todo gobierno público i toda transacción privada. Con anticipación i en todas partes se ha procurado tomar mutuamente garantías solemnes i seguras contra la mala fé de cada cual: tales es el origen del juramento. Numa, que entre los monarcas de la antigüedad, fué un príncipe hábil i prudente, enseñó a los romanos que juraban por sus dios guerrero Quirino que el mayor juramento que podían hacer, era el de jurar por la divina Fé: este fué el juramento *medius fidis*, es decir, *per deum fidei* tan común en los autores latinos i de donde nos viene la palabra *fé jurada*.

La fé jurada ha tenido entre nosotros sus mártires como la fé religiosa, i a la verdad sus anales son bellos i nobles también. Es admirable ver un caballero inglés del siglo XIV respaldarse en una encina i luchar solo contra un ejército de amotinados, que quería tomarlo por jefe, antes que violar su juramento hecho a Dios i al rey de Inglaterra; es hermoso ver al rey Juan de Francia volver a tomar el camino de su prisión de Londres por respeto a sus compromisos des conocidos, i a Bayardo moribundo hacer bajar los ojos al condestable de Borbón i ver cedor reprochándole su mala fé.

Famas el desprecio de la fé produjo juicios mas amargos que en la querella de Harold i de Guillermo de Normandía. Los derechos del príncipe normando sobre la corona de Eduardo eran quídosos; el perjurio del hijo de Godwin los hizo sagrados. Persuadidos los normandos que Dios estaba de su parte vencieron, como debía suceder, a un ejército cuyos mismos jefes habían sufragado a Harold no combatiese, temiendo que la presencia de un perjurio atrajese sobre sus armas la maldición del cielo.

Una sola fuente puede mantener en todo su verdor i toda su belleza la encina de la fé humana; esta fuente habrá necesidad de decirlo: es la Fé divina.

(Continuará.)

La mujer católica por el padre Ventura.
(Continuación.)

El verdadero hereje no es cristiano. No hay más que un cristiano verdadero, que es el católico. Se debe entender del catolicismo todo cuanto se ha dicho hasta aquí de la acción del cristianismo para la rehabilitación de la mujer. Pruebas de que fuera del catolicismo la mujer es en todas partes desgraciada i humiliada. Condición desplorable de la mujer en Inglaterra i en todos los países protestantes. El protestantismo es un verdadero destructor del espíritu de familia.

Pero cuando hablamos del cristianismo como de la única religión tutelar, de la dignidad i de la ventura de la mujer solo se debe entender por esta palabra

el catolicismo. Cuando el Salvador envió a sus apóstoles a evangelizar el mundo, les dijo: «Id i enseñad a todas las naciones, bautizadolas en el nombre del Padre i del Hijo i del Espíritu Santo, enseñadles a que observen todo quanto os he mandado. El que creyere i fuere bautizado se salvará; pero el que no crea será condenado.» Segun estas divinas palabras, es evidente que solo el bautismo i una fe vaga en Jesu cristo no forman el verdadero cristiano, no colocan al hombre en el camino de la salvacion; que no puede el hombre ser verdadero cristiano ni conseguir su salvacion sino en tanto que con el bautismo acepte, crea i practique todo lo que Jesucristo ha revelado a su Iglesia, i su Iglesia nos enseña en su nombre: es decir, mientras no reconozca a la Iglesia esté sumiso a ella, i forme parte de ella.

Pues bien, el cismático no es otra cosa que un cristiano que se ha separado de la Iglesia i se ha revelado contra la Iglesia; el hereje no es otra cosa que un cristiano que profesa opiniones particulares, contrarias a las creencias comunes de la Iglesia; el protestante, como lo da a entender su mismo nombre, no es otra cosa que un cristiano que protesta contra todas o contra algunas doctrinas de la Iglesia, para no creer mas que sus propias doctrinas: es decir que se atribuye a sí mismo la infalibilidad que niega a la Iglesia. Así es que esos desgraciados cristianos, a no ser que tengan una buena fe i una ignorancia invencible, se hallan por diversas causas fuera de la Iglesia, i no son verdaderos cristianos; i a todos ellos se pue de aplicar esta terrible sentencia, que pronunció Te rtuiliando contra todos los herejes: «Si son herejes, por esto mismo no son ya cristianos.» Esto consiste en que, exceptuando las almas sencillas e inocentes, que, aunque separadas del cuerpo de la Iglesia, puden pertenecer a su espíritu por lazos secretos, fuera de la Iglesia no existen dogmas, no hai mas que *opiniones*; no puede decirse *yo creo* sino *yo pienso, me parece*; i si existe alguna fe es una fe incierta, vacilante, mudable, defec tuosa, i estéril, pero la fe santa, firme inmutable, uniforme, fecunda i rejeneradora del hombre i de la sociedad no se encuentra mas que en la Iglesia católica.

Es verdad que existen en el mundo muchas comuniones cristianas diferentes; pero, así como no hai mas que un solo Dios verdadero, un solo Jesucristo verdadero, tampoco hai ni puede haber mas que un solo culto verdadero una sola religión verdadera, un solo cristianismo verdadero; i este cristianismo no es ni puedeser otro que el catolicismo el único que no niega ni *protesta* contra lo que Jesucristo ha enseñado; que lo admite todo, i que, unido a Jesucristo por la Iglesia, participa de la luz divina i de la divina gracia, i es el cristianismo verdadero i perfecto. Es necesario pues entender del catolicismo, i del catolicismo solo, todo cuanto hemos dicho, i todo cuanto dirémos respecto a la acción del cristianismo para la rehabilitación de la mujer. La mujer verdaderamente cristiana no es otra cosa que la mujer católica, i el catolicismo la ha hecho lo que debe ser, segun los designios de Dios, en el mundo civilizado.

Mujeres, ¿queréis convenceros de esta verdad? No teneis mas que tender la vista en torno vuestro, i ver cual es la condición de vuestro sexo en el seno del cisma, del protestantismo i de la herejía. Se ha dicho que el protestantismo es la religión conservadora del espíritu de familia; pero nada es mas falso que esto. Es cierto que el protestantismo, la religión del orgullo, la religión del *yo*, la religión que impide al hombre a concentrarse en sí mismo, a

no buscarse ni reconocerse mas que en sí mismo, trata de aislarle del ministerio eclesiástico, de hacerle preferir la casa al templo i las reuniones domésticas a las congregaciones de los fieles; pero lo hace con el objeto de mandar en ella como señor, i no para consagrarse como cristiano a la felicidad de su mujer i de sus hijos. Por consiguiente, el protestantismo es, por el contrario, la religión destructora del verdadero espíritu de familia; porque el verdadero espíritu de familia, no es otra cosa que el afecto mutuo de los miembros que lo componen. Ved, en efecto, lo que es hoy la mujer en la familia protestante, en Inglaterra por ejemplo, que se halla a la cabeza del protestantismo, como la Francia se halla a la cabeza del catolicismo.

Ved, esa mujer con los ojos bajos, la frente abatida i con una soga al caro, cuyos dos estremos tienen un hombre en su mano, en medio de una turba, que se ríe, se burla de ella i le dirige los denuestros mas groseros: ese es un marido que va a vender a su mujer en almoneda pública. Vosotros creereis que os hallaisen alguna ciudad de Egipto, de la China o de la Tartaria; pero no es así: esto sucede en una plaza de Londres o de otra ciudad de Inglaterra! El gobierno ha tratado de abolir esta costumbre bárbara; pero no ha podido conseguirla; esta es obra del protestantismo, que, habiendo abierto el matrimonio como sacramento, lo ha reducido a un mero contrato civil, que se puede romper por el divorcio cuando se quiera. La prueba terminante de que esto procede del protestantismo, es que en Irlanda, país sometido al mismo gobierno i a las mismas leyes civiles que Inglaterra, no se ha visto ni una siquiera de estas repugnantes ventas, que en Inglaterra son mas frecuentes de lo que se piensa, i se dice. Pero la Irlanda es católica, i la Inglaterra es protestante. No os admirareis pues del profundo desprecio con que John Bull mira a la mujer, supuesto que el padre vende tambien sus hijas, lo mismo que el marido su mujer, a los dueños de fabricas, que se sirven de ellas para todos los usos que tienen por conveniente.

Pero la mujer de un rico no es mas dichosa ni mas respetada en la poderosa Albion que la de un pobre. La sola posibilidad de que la mujer abandone la casa por el divorcio obliga al marido a ocultarle cuidadosamente todos los secretos de familia, por temor de que un dia pueda divulgarlos. Esto explica la repugnancia que tiene el marido a tratar de negocios comerciales o políticos en presencia de su mujer. Ellas se reunen a comer, i comen como las extranjeras en una fonda, sin decirse una sola palabra. A los postres es necesario que las mujeres se retiren, porque entonces es cuando se principia a tratar de los negocios. Parece que aquellos hombres esperan que se vayan las mujeres, como si fueran espías, para hablar con libertad. Esta es la desconfianza i el desprecio de la mujer llevado a su ultimo grado.

En estas familias, tales como el protestantismo les ha formado, todo es desconfianza i frialdad en las relaciones del marido con su mujer. En ellas no hai ese afecto mutuo de los esposos; en ellas no se encuentra esa expansión de los corazones que no forman mas que uno solo; no hai esa confianza ilimitada que tienen los esposos entre sí, viviendo el uno para el otro; no hai esa unidad de pensamiento, de sentimientos, de secretos i de intereses, no hai ese deseo de adivinarse mutuamente los pensamientos i de sacrificarse el uno por el bien del otro; en una palabra, no hai esos miramientos afectuosos i delicados, que forman la ventura del hogar doméstico, i que son

tan comunes i tan populares en las familias católicas. Todo esto ha sido reemplazado por modales fríos i por miramientos calculados, movidos por el interés i producidos por la fiección. Esta es la etiqueta sustituida al amor, el entendimiento al corazón, i la razón al sentimiento, i forman la regla única de la vida de los esposos; estos son los *matrimonios de razon* o de cálculo, i no puede ser de otra manera donde todo se reduce a la razón o al cálculo, aun la religión misma.

COMUNICAE.

Las ofensas a la Iglesia.

Al contemplar los bienes de que somos deudoras a esa hija del cielo, al ver que, en ella, somos poseedoras del mas dulce consuelo en las penas de la vida, no podemos menos que sentir en lo mas vivo del alma las injurias que le prodigan los hijos del mal.

Pedimos tan solo, una mirada reflexiva i atenta. Hay dolores para los cuales los consuelos humanos son deficientes en extremo. La pérdida de un esposo, de un padre, de un hijo querido, puede hallar, en la tierra, en el seno de la amistad misma, un alivio que cierre las heridas que esos dolores atraen al alma? Las tristes descripciones que, a cada paso, recorremos en el camino de la vida sea también, una fuente fecunda en desgracias cuyo lenitivo no lo encontramos en el mundo.

Pero cuando pedimos a la religión una palabra, cuando abriendo el tesoro que oculta nuestro corazón en sentimientos de fe i de ilustrada piedad, se presenta a nuestra vista el vasto campo de reflexiones que solo la religión puede sujerirnos, el corazón descansa i calma los dolores. Es la fe la única voz amiga que puede darnos consuelos positivos.

Considerada la religión bajo este solo punto de vista, es ella un bien de valía inmensa para la sociedad. Quien así no lo comprenda, no ha experimentado jamás sus dulces influencias; no ha saboreado los deliciosos encantos que sus dogmas divinos hacen gustar a las inteligencias que no buscan su alimento en solo los goces de los sentidos.

Mas esas dulzuras se hallarán donde quiera se adore a Dios i se pronuncie la palabra religión?

Responda el helado protestantismo i las demás sectas del error. Allí el término de los males, inseparables del camino de la vida, es la desesperación, es el suicidio. i el que a tan espantoso extremo no llega, ahoga sus dolores en la embriaguez o en el aturdimiento de un torpe sensualismo.

Solo aspirando el suave ambiente del catolicismo, i en el seno de la dulce maternidad de la Iglesia, halla el alma que sufre la deliciosa calma que ofrecen sus verdades celestiales a los corazones que las buscan. Digámoslo de una vez. Es la religión de un Dios que padece i muere por amar a la humanidad i en cuyos dolores lega al mundo la santidad del sufrimiento; son esos dogmas que proclaman felices a los que lloran, a los que toleran las persecuciones por el bien; ese código que bendice la pobreza i que iguala, ante Dios, todas las condiciones sociales, trazada por la mano de aquél que no rehusó para su persona ninguno de los sentimientos propios de la naturaleza humana, a quien se le vió en su preciosa vida, interesarse por la amistad i llorar sobre la tumba de Lázaro; solo esa religión puede ofrecer la paz en las agitaciones i amarguras que devora el alma.

Por eso, ¿no es una crueldad la acción de los que quieren arrebatar al hombre esa fuente única de consuelos? No es una ingratitud sin nombre llevar

la tristeza al corazón de la buena madre, la Iglesia católica, que en sus brazos, presenta a la humanidad un descanso en sus fatigas?

Si los que aspiran a separarse de su seno o a debilitar su influencia bienhechora no comparten estos sentimientos del catolicismo, ¿les dará eso el derecho para despojarnos de un bien?

Nosotras alzamos la voz para que la de la Iglesia sea escuchada. Ella jime por los ultrajes de sus hijos. Llora porque se le ata las manos, sus manos que solo saben bendecir, i teme ver lucir el día en que no pueda llevar al corazón de los hijos el bálsamo divino de los consuelos que solo ella puede dar.

Entre tanto, es triste el rol que desempeñan los que se afanan en cubrir de ofensas a la Iglesia. Nosotras la amamos, porque hemos nacido bajo su éjida protegida, i que ella ha bendecido las épocas mas solemnes de nuestra vida, porque en sus luces celestes, hallamos la verdad que alimenta nuestro espíritu i forma la base mas sólida para la educación de nuestros hijos. La amamos, en fin, porque allí en esas verdades divinas, nuestra alma ha encontrado siempre un consuelo en sus horas de dolor.

Avisos.

HERMANDAD DE DOLORES.

Se cita a las señoras socias del Instituto de Caridad para el primer domingo de agosto a las dos de la tarde a la sala de la Esclavonia de la Iglesia Metropolitana.

AVISO.

Se avisa a las socias de san Juan Francisco de Rejis que la misa de la sociedad se dirá el viernes en Santa Ana a las nueve de la mañana en la capilla de Nuestra Señora de las Mercedes. Se les suplica tengan la bondad de asistir. Santiago, agosto 2 de 1865.

AL PÚBLICO

Se reciben suscripciones a este periódico en todas las agencias del «Independiente».

Suscripciones en Santiago i provincias.

Por trimestre 60 cts. Número suelto 5 cts.

CUADERNO DE GUIOS I POSTRES.

Se acaba de dar a luz por la imprenta del «Independiente» un interesante cuadernito con las recetas mas selectas sobre guisos i postres los mas delicados. Su autor una de nuestras mas elegantes señoritas, es la mejor garantía para hacerse luego de un ejemplar.

IMPORTANTE.

Las personas que hayan recibido el primer número de este periódico, i que no quieran suscribirse, se les suplica tengan a bien devolverlo, a la imprenta del «Independiente». Caso de no hacerlo así se les considerará como suscriptores.

HISTORIA DE SIBILA.

Novela escrita por Octavio Fenillet i traducida para los folletines del «Independiente» por don Zorobabel Rodríguez. Se vende en esta imprenta a 50 cts. ejemplar.

Imp. del INDEPENDIENTE, julio de 1865.